



La sociedad de la ira

Sus historias guardan años de un enojo contenido, a punto de explotar. Son retratos de una sociedad paralela, que existe detrás del tráfico ilegal de drogas. Adolescentes con sueños en las nubes de la "piedra", niños que esperan una oportunidad; una familia rota por cultivar una planta desconocida; un joven que se juega la libertad viajando con marihuana; y, un hombre que pasa inadvertido repartiendo polvo blanco. **TEXTO: AMPARO TREJO • ILUSTRACIÓN: SILVIA GARCÍA**

Fiona sonríe, sus ojos café, también. De tambaleantes 2 años, corretea en el piso de concreto entre las casas de lámina de 16 metros cuadrados cada una; detrás de ella su hermanito Santiago, de 4, apresura sus pasitos rumbo a los lavaderos comunes donde está su Mamá Amalia.

Es la mañana de un viernes, ríen felices, no alcanzan a mirar la desesperanza en los rostros de los adultos.

Golpes en la casa, en la calle, falta de dinero, abuso y tristeza aderezan el día a día alrededor de ellos; el alcohol, parte de la dieta de los jóvenes, los hombres y las mujeres; y el vender, comprar y "meterse" cualquier droga se asimila a lo cotidiano, en este reducto de ciudad que hoy puede ser cualquier parte de México.

Así vive Ricardo, quien hoy se levantó con los cabellos negros desordenados y el estómago vacío. Sin nada en casa para comer, sólo le queda calentar el cuerpo al sol de mediodía frente a la puerta de lámina de su vivienda. Adentro, su abuelita de 70 años duerme "la mona".

"Es un asco, es un fracaso, no vale la vida", dice con un hilo de voz. Parece que a sus 18 años ya ha vivido todo. "El ambiente me llevó por abajo: alcohol, drogas, buscapleitos, he robado", añade como justificando el oxígeno que se permite respirar.

Hace tres años Ricardo perdió a su padre adoptivo, la carrera técnica la truncó y un día se encontró como vendedor de droga, ganando 1.500 pesos diarios en las sinuosas y empinadas calles de una colonia inaccesible.

"Comencé a vender porque no teníamos para comer", era un "perro", el nivel más bajo: vendedor de droga, con otros cuatro en cierto territorio, cocinaban y vendían 3,000 piedras de coca a diario, que les daban 90 mil pesos netos. "Entonces apenas empezaba este negocio".

"Les poníamos raticida (a la piedra) para que regresaran por más y (nos traían para pagar) celulares, dinero, pantalones... era lo más común", recuerda. Fueron tiempos prósperos tuvo ropa, música, aparatos para su casa, hasta una pistola 45 con cachas de oro.

Pero un día se le agolparon las enseñanzas de su abuelo, padre adoptivo y el miedo: "..... pensé en el futuro, y decidí quitarme". Entonces se toca al costado una cicatriz como de 3 centímetros debajo de la playera negra. "No es fácil salirse: un día se me atravesó una camioneta Colorado del año, nuevecita, el chofer se bajó me encañonó y me picaron". Vive para contarlo.

Pero los sueños no dan de comer. Vino la depresión y escribía para desahogarse, pero entonces se hizo adicto a la "piedra" y después a robar. Consumía tres o cuatro piedras diario, "estaba yo flaco, flaco" y también salió, "por una chava", aunque sus vecinos dicen que aún se droga.

Es la tarde y debe alistarse. En unas horas comienza su turno de mesero en una fonda. A veces, cuando se da permiso, sueña con ser abogado, tener una casa, una familia, vivir en otro barrio, comerse un molito rojo, su platillo predilecto, pero la realidad lo abruma: "La sociedad te marca".

A su alrededor todo sigue igual: las casuchas de lámina, los jóvenes que se sientan al sol de la tarde en la banqueta con la mirada perdida, los que se ocultan en las ventanas

empuñando una AK-47 o los que son manos con bolsitas de perlas de una coca de ínfima calidad.

A estas calles sinuosas, fortaleza natural, la policía no entra. En las tiendas la verdad se oculta. Tras el mostrador de un local, Manuel es un tatuador de 25 años, pero desde hace ocho también es un experimentado consumidor de todo: "mariguana, pastillas, LSD, siempre he conseguido todo", dice.

Trae las drogas nuevas a la colonia y conoce a los más poderosos aunque lo niega. "Es triste, quisiera algo mejor, lamentablemente no se puede hacer nada".

En este lugar el cuerpo de una chica a punto de cumplir 15 está expuesto: Lupita se cimbró ya con cuatro abortos, fue abusada sexualmente y se dedica a la prostitución, sin que sus padres lo sepan.

Pero también, en una de las viviendas más grandes, de 32 metros cuadrados, habitan Alfonso y Rosita, treintañeros. Él, taxista; ella cuida de sus dos hijos: Juan Alberto de 9 años y Mónica de 12.

Él recorre la ciudad en busca de clientes todos los días porque quiere que sus hijos vayan a la universidad, salgan de ahí.

"Juan quiere ser futbolista" y la niña aún no sabe, Rosita los recoge de la escuela, les ayudan con las tareas. Juntos administran el dinero que reúnen, "es parte de la responsabilidad que adquirimos cuando ellos nacieron", dice Alfonso sin pestañear.

Es la noche, Ricardo sale limpio. Camina a trabajar; Fiona y Santiago aún corretean en la calle, Mamá Amalia ya piensa en darles de cenar. Mamá no tarda en llegar...

Un país consumidor

México dejó de ser sólo la antesala de la cocaína, el terreno de cultivo de la mariguana y el laboratorio de las drogas sintéticas en su viaje al mayor consumidor de drogas, Estados Unidos. La droga se vende en sus calles y la violencia la acompaña.

Cerca de 250 mil personas, es decir, el 0.23 por ciento de la población en México, está involucrada en este negocio, según cifras del *Almanaque Mexicano 2008*, buscan el oropel de las ganancias.

"Vivimos en una sociedad en descomposición que aparentemente rechazamos, sin embargo, a nuestros niños los estamos socializando en el manejo de diferentes

sistemas de valores para que puedan sobrevivir en la sociedad a la que pertenecen", dice la investigadora de la Facultad de Trabajo Social de la UNAM, Nelia Tello.

Hoy, la mañana puede desmascarar al vecino como un vendedor de droga o hallarlo encobijado con el tiro de gracia en la colonia siguiendo.

"Antes, si una persona se dedicaba a las drogas su familia ni sabía; ahora vemos a familias enteras que se dedican a vender, por ejemplo, drogas sintéticas. Lo ven como una alternativa en su vida, es un problema cultural", dice María Elena Morera, presidenta de la asociación civil México Unido contra la Delincuencia (MUCD).

En este país de desigualdad, más que de pobreza, "hay un sentido de desesperanza, esto es muy grave, nos hemos ido acostumbrando a vivir mal", señala.

"Los adolescentes representan un sector muy vulnerable a esta descomposición política, económica y social, que los expulsa de la secundaria al mundo laboral, y ante la falta de oportunidades la informalidad se abre como opción", dice a su vez la investigadora Nelia Tello. "Hay un alto porcentaje de población que deja de tener vínculos institucionales y los negocios de los chavos de secundaria que no trabajan están generalmente vinculados con la distribución de droga o con la venta de comercio informal, cosas piratas", explica.

Según el INEGI, en 2006 en México había 14.5 millones de alumnos en la primaria y apenas 5.9 millones en la secundaria, con una deserción de 7.1 en este nivel.

Los adolescentes representan un sector vulnerable a esta descomposición, que los expulsa de la secundaria... la informalidad se abre como opción

De estos jóvenes de secundaria, el 11 por ciento aceptaría vender droga, según una encuesta aplicada por las secretarías de Educación Pública y de Seguridad Pública, refiere Morera.

De esta forma, advierte la investigadora que ha aplicado con éxito programas contra la delincuencia en colonias urbanas, algunos con MUCD y gobiernos municipales, este manejo de códigos nos lleva a no distinguir dónde comienzan los delitos.

La estrategia celular

Decía el periodista Jesús Blancornelas que hay dos tipos de narcos: el sinaloense, abierto, rico, con Lobo (camioneta), güera y "cuerno de chivo" que ayuda a todos; y los Arellano que fueron intocables, pero que no ayudaban a otros.

Todos los involucrados en este negocio quieren ser como ellos.

A fuerza de inteligencia, violencia y mucha necesidad, los jefes de las siete organizaciones criminales que operan en territorio mexicano son las cabezas y heredan a su familia, como Amado Carrillo Fuentes, *El Señor de los Cielos*, a Vicente Carrillo Leyva, su hijo.

El oficio de narcotraficante es de alto riesgo. Es el único que desecha a sus trabajadores por ejecución. Todos son reemplazables, pues las estructuras empresariales de estas organizaciones se componen por consejos horizontales ideados por Miguel Ángel Félix Gallardo, preso desde 1988, sostiene el periodista Ricardo Ravelo en *Los capos. Las narcorutas de México*.

Esto genera una guerra interna encarnizada para subir y mantener

se. Además, con el paso de los años a esta actividad se han ligado otros delitos como robo de autopartes, secuestro, tráfico de ilegales y otras.

La estructura del narcomenudeo para consumo nacional es más horizontal: comienzan como "perros", jóvenes en su mayoría, vendedores al menudeo en las calles o en casas, protegidos, abastecidos y pagados por otros llamados "dueños". Son la carne de cañón, los que caen en la cárcel con más frecuencia.

Los "dueños" dominan un territorio, colonia o barrio, pagan nóminas a los "perros" y tratan la mercancía y las ganancias.

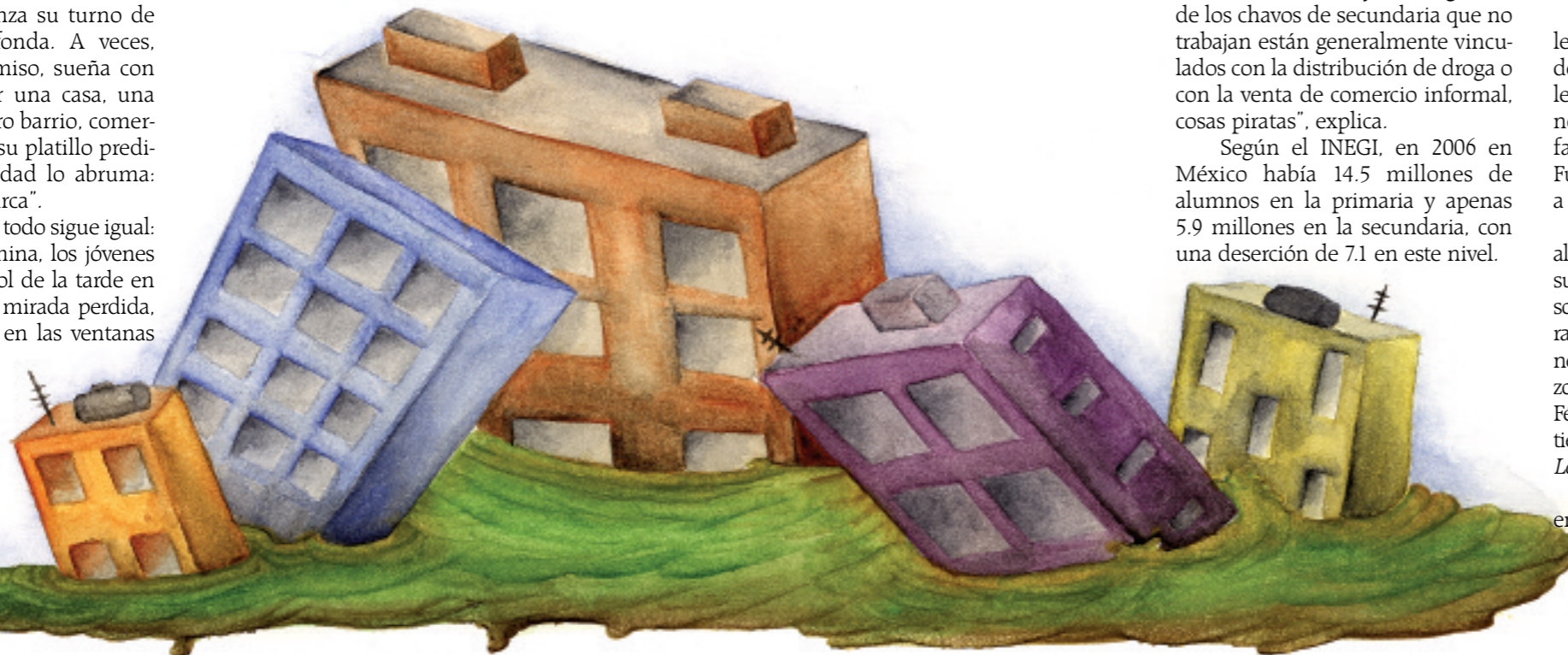
Los sueldos mejoran según los ascensos y estos se logran eliminando al inmediato superior. Un "perro" aniquila a un "dueño", o un "dueño" quita a otro para extenderse.

Después hay contadores. "Hay mucha competencia, te tienes que cuidar de todos", dice uno de estos vendedores.

En 2004 un grupo de 16 jovencitos fueron reclutados como "perros" en el oriente de la Ciudad de México. En 2007 sólo uno trabajaba para los grandes capos de la droga y viajaba a Sinaloa, pero asesinaron a su familia y siempre está escondido. Los otros murieron o están presos. Él representa el 5 por ciento que llegó a donde todos ambicionaban.

El narcomenudeo se realiza en las tienditas, como en Tepito, pero, "los celulares han cambiado todo", dice Julio, un vendedor sobre ruedas.

Cada mañana a las 9 de la mañana, vestido de tenis, camiseta y mezcilla aborda su Beattle 2007 azul oscuro y recorre el sur del



“Cuando la adicción lo tenía sometido, aprendió a robar con fineza y a tratar los hurtos. En tiendas de música acordaba con los vigilantes...”

Distrito Federal celular en mano. Su límite es Polanco: lo llaman de estudios de televisión, locaciones y otros, son sus clientes habituales.

Regresa a las cinco en punto para estar con sus dos hijas y su esposa. Vende el gramo de cocaína medio buena a 350 pesos, 400 si es la más pura.

“Algunos de mis clientes mantienen un consumo controlado, como medicamento, se lo van dosificando, aunque con el tiempo les cobre la factura”, dice Julio.

Hace unos meses todavía radicaba cerca de la estación del metro Normal; hoy habita en el sur de la capital del país. Le gusta vacacionar en Acapulco, ahora con más frecuencia; escucha la misma música, pero ahora tiene los CD originales. Con las hijas de 11 y 14 años no gasta en colegiaturas.

Julio vende 300 gramos mensuales; a diario, cuando le va bien, 60 gramos. Tiene un sueldo, comisión y el auto se lo dio su distribuidor y lo paga a plazos; hace dos años comenzó con un Atos nuevo.

Aún recuerda el inicio: el “distribuidor” visitó su casa, fue amable con su familia, bromeó con sus hijas, entonces todavía en la primaria. Julio sabe que una delación, una falla y ellas pagan el error.

Una yerba mala

Una tarde de finales de invierno de 2002 llegó a casa de Don Cleto un hombre en una camioneta del año, subió a pie el cerro más aleja-

do del pequeño poblado enclavado en la Sierra Negra de Puebla, hasta el hogar del agricultor. Llevaba unas plantas de hojas lanceoladas y una oferta económica muy buena para cultivarlas.

Don Cleto, bajito, muy fuerte, de calzón de manta, sombrero y huaraches, tenía 82 años y nada delataba que era dueño de las más extensas y alejadas propiedades de la población. No lo pensó mucho: podría extender su casa, comprar semillas de café e implementos. El hombre le dio instrucciones, dejó un adelanto y confió en el experimentado agricultor.

Hasta entonces la vida en ese hogar era apacible y completa. La esposa de Don Cleto, 20 años menor que él, y las cuatro hijas de 14, 16, 18 y 20 años trabajaban el campo de 5 de la mañana a 5 de la tarde, llegaban a comer y después, alrededor de una estufa de leña, se sentaban a platicar historias, leyendas y, claro, los pormenores del día.

No tenían televisión ni radio. Don Cleto sólo hablaba náhuatl y acostumbraba leer en solitario su Biblia en las soledades de su propiedad; tal vez por eso nunca supo que las hermosas plantas verdes que cultivaba eran marihuana.

Dos meses después, en plena madrugada, cuando ya había entregado el primer corte y las plantitas comenzaban a retoñar otra vez, llegó la policía judicial, quemó las plantas y a Don Cleto se lo llevaron preso.

Días después llegaron a su casa sicarios, quemaron la propiedad y violaron a las cuatro jóvenes. Ellas, asustadas y amenazadas por un policía judicial, nunca denunciaron el abuso y emigraron a Puebla a trabajar como sirvientas.

Después de cuatro años y con la ayuda de un abogado, Don Cleto comprobó su ignorancia y fue liberado. “A mí nadie me dijo que había una yerba mala”, decía entonces, pero se vio obligado a abandonar para siempre sus tierras. Hoy vive en un pueblo aún más apartado con su esposa y cultiva café. Él pensaba que la tierra sólo podía dar cosas buenas, ahora ya no.

Desde 1996, Miguel Ruiz-Cabañas (El Colegio de México) en *La oferta de drogas ilícitas hacia Estados Unidos: el papel fluctuante de México*, advertía: “Los programas de erradicación no serán suficientes, incluso si ellos son acompañados por las más eficientes prácticas policiacas, en el mediano y largo plazos sólo el desarrollo de esas áreas (el campo) puede nulificar los incentivos económicos que ofrece el cultivo de drogas ilícitas”.

“(El comercio ilícito de drogas) amenaza estructuras sociales, económicas y políticas en ambas naciones (México-EU). Los traficantes pueden representar una amenaza a la seguridad nacional y un peligro real a la estabilidad de regiones enteras”. El futuro ya nos alcanzó.

¿Hay otras salidas?

Rodrigo tiene 30 años y es el vocalista de Luna Rosa, banda de rock pesado que toca a donde la llaman.

Sus conciertos son singulares y dejan callada a “la banda” cuando él grita: “Jesús dio su vida por ti, ¿qué vas a hacer?”.

Hace 10 años dejó las adicciones y nunca más volvió a “cargar” marihuana en las carreteras.

Rodrigo vio descender avionetas en las playas de Oaxaca con marihuana, con cocaína, y se la ofrecían gratis. Él la tomaba.

Cuando la adicción lo tenía sometido, aprendió a robar con fineza y a tratar los hurtos. En tiendas de música acordaba con los vigilantes, a cambio de regalos como una raqueta de grafito, que lo dejaran sacar cientos de discos compactos por la puerta con sensores de la tienda, y los revendía en la escuela más baratos. Estaba en el Colegio de Bachilleres.

Su familia estaba unida, aunque su padre violentaba la casa y su madre, una sicóloga valiente con una formación moral y confiable en su Dios, se mantuvo siempre cerca de él y de su hermano.

El valor de saber

Ante el problema del narcomenudeo, México Unido Contra la Delincuencia y otras organizaciones civiles desarrollan programas para recuperar de la delincuencia a zonas urbanas, aún sin mucho apoyo gubernamental.

“Hay respuestas de la sociedad civil, ofrece alternativas al discurso dominante, aunque vienen siendo fragmentadas, aisladas, necesitamos que sean más dominantes”, dice la investigadora Nelia Tello.

La dinámica de MUCD es la siguiente:

Sus talleres pretenden integrar a los distintos grupos sociales para que aprendan el sentido de la legalidad con la participación de todos y apoyando a la autoridad, que también buscan identificar con los ciudadanos.

“La legalidad no es respetar la ley como está, sino entender que es un valor para poder vivir en sociedad y que será un valor para mí, que formo parte de esa ley”, concluye la investigadora universitaria.

Y la autoridad, con la que peleamos desde la casa, de la que tomamos distancia, ignoramos y de la que nos alejamos, nos hace vivir más aislados.

“No sabemos manejar la autoridad en las casas, en las escuelas y si se vive en una sociedad donde no hay límites es muy fácil ligarse a la ilegalidad”, señala la investigadora. “Hay que reconocer que las drogas están ahí y son un poder de mercado, no van a desaparecer y tenemos que aprender a decir sí o no, con responsabilidad con un reconocimiento de uno mismo como persona”.

“Mientras creamos que los problemas son ajenos y son del otro, no vamos a poder”, dice Tello, “yo siempre digo que los demás de los demás somos nosotros”.

El primer empleo, a instancias de su padre, fue vendiendo periódicos en las esquinas a los 15 años. Después eso le sirvió de escudo para esconder su participación en la distribución de drogas, en asaltos y vio cosas que prefiere callar. Consumió todo y de sus amigos de parranda, algunos murieron, otros están en la cárcel, y unos más están en el psiquiátrico, “se quedaron en el viaje”.

Iba a su iglesia y a veces, con la droga hasta el tope, mientras estaba en los servicios pasaba al frente, lloraba arrepentido y recaía. Pero un día, cuando quiso dejar la droga y ya no pudo, pasó otra vez.

“No podía y se lo dije a Dios: si tú existes, hazme un paro”, dice.

Rodrigo nunca lloraba, ni en los momentos más difíciles, y de repente salió disparado por los aires. “Algo se desprendió de mí, lo sentí, es el milagro más grande que he visto, yo lo viví”.

No necesitó rehabilitación, recuperó las 30 materias que debía en el CCH y concluyó como psicólogo.

Al principio, sus amigos lo rechazaron, se burlaban. Hoy “me buscan, siempre me llaman para darles un consejo y convivo con ellos. Chupe, drogas siempre me ofrecen, siempre les digo que no y los acepto como son”.

Rodrigo sabe que es una segunda oportunidad de vida. “Cuando andaba en la droga, sabía que había un Dios por ahí”.

